

# CONCLUSIÓN



En la línea del propósito de este trabajo, hay una primera conclusión referente al origen de nuestra civilización, que encuentra huellas que le dejaron tanto los semitas como los arios. Pero es posible establecer otras conclusiones, que tienen que ver con el universo de los objetos que estudiamos a través de diferentes disciplinas, con la causa última de la realidad y, finalmente, una conclusión sobre la naturaleza de la escogencia entre monismo o dualismo, que está en armonía con las bases del conocimiento en general.

### *Huellas en la civilización occidental y cristiana*

En relación con la primera conclusión, se intentará un resumen de lo dicho, que permitirá precisar cuáles son los aportes indoeuropeos y cuáles los semitas, que subsisten a pesar del tiempo y de los acontecimientos históricos. Sabemos que las dos culturas se encontraron en un momento dado y que ofrecieron resistencia a los cambios al principio. Pero después de los siglos, las persecuciones, los edictos, el lento ascenso de la Iglesia hasta ocupar el lugar central de la sociedad durante un lapso, la reacción contra el poder de la Iglesia y su debilitamiento, las luchas, las negociaciones, las guerras, los descubrimientos científicos, geográficos, tantas cosas que trajo la Historia, se fue formando un nuevo pensamiento, que aún muestra las huellas de los primeros pueblos.

Como se afirmó antes, el punto más importante del pensamiento antiguo de los indoeuropeos es su admiración por la Naturaleza, que es un todo racional, y las demás cosas son sus partes. Una serie de conceptos están ligados a este punto y hoy quedan ciertos remanentes: la tendencia a la

conservación, con todas sus consecuencias, que todavía puede apreciarse en algunos casos, como la conservación de los recursos naturales, del medio ambiente, etc. También aquellos dioses del politeísmo, vinculados en ocasiones a fuerzas de la Naturaleza, permanecen en los nombres de ciertos días, como el día del sol o de la luna, que se conservan en algunos de sus idiomas (*sunday, sonntag, monday, montag*). La creencia en el destino, con sus leyes implacables, aún no ha desaparecido, la idea de la determinación de la conducta humana, como no libre, que se aplica en la concepción determinista de la psicología, en la neurociencia, etc., en nuestros días.

Para el pensamiento antiguo indoeuropeo hay una idea de un todo unitario, por tanto, siendo el todo mayor que la parte, se entiende que lo colectivo predomine sobre lo individual entre los griegos clásicos. La ciencia política y el interés colectivo prevalecen sobre el interés familiar o individual. No concebían la existencia humana fuera de la *polis*, de la comunidad política. Y lo religioso era lo que constituía la *polis*. El hombre estaba unido, a un mismo tiempo, a su ciudad y a su religión; no era súbdito de dos reinos de manera simultánea. Y tampoco el hombre era diferente de la Naturaleza, era parte de ella; estaba sometido a sus leyes, no a unas leyes diferentes. No era libre, como no lo es la Naturaleza. En todo sentido había unidad, no dualidad.

Es por eso que se ha dicho en este trabajo, que no se entiende por qué la mayoría de los autores se ha empeñado en ver un dualismo antropológico en la concepción indoeuropea. Por el contrario, el hombre era una unidad en sí mismo, y una unidad con la realidad social y con la realidad natural.

Con la realidad social, porque el ciudadano se identificaba totalmente con su *polis*. No prevalecía el interés individual, ni había un ámbito religioso fuera del ámbito político; era una unidad indiferenciada. Y con la realidad natural estaba tan identificado, que ni siquiera creía en la libertad. La conducta humana estaba regida por leyes inexorables, que ellos llamaban destino, que no dependían de la voluntad del hombre. Lo individual se disolvía en lo colectivo, era parte de un todo. Para que hubiera existido la idea de libertad, el hombre tendría que haber sido entendido como dotado de una doble naturaleza: cuerpo material, sometido a la causalidad natural, y alma espiritual, dotada de libertad. Pero no era el caso; en vez de libertad, lo que había era destino implacable. De modo que esa admiración por la Naturaleza como un todo racional, parece que es lo que está a la base de su concepción monista del hombre y su monismo ontológico. Para el pensamiento indoeuropeo prevalecía la unidad.

Para una concepción como ésta, resulta natural creer que la realidad existe y que el conocimiento es captar esa realidad dominante. Aristóteles, finalmente, logra una visión coherente del conocimiento, donde se integran lo sensible y lo inteligible. El hombre vive en armonía en la Naturaleza, no es más importante que ella, pero comprende su racionalidad, lo cual le confiere cierto poder para poner las cosas a su servicio. Por eso valora la racionalidad y tiene espíritu emprendedor, para lograr objetivos con su razón. Este espíritu de racionalidad y de dominio de la Naturaleza, mediante luchas y logros considerables, las dejará como herencia a la Europa contemporánea. Así se concreta un aporte indoeuropeo.

En cambio, la idea central de la cultura semita es la de un Dios que ha creado el universo de la nada. Para ellos no existe una totalidad, sino que la realidad, lo existente, es dual: Dios, por una parte, y las cosas creadas, por la otra. Estas dos realidades están separadas por un abismo. Sus características son opuestas. Dios es infinito, eterno, lo material todo lo contrario, finito, perecedero. Mientras que los dioses griegos vivían en el monte Olimpo, se mezclaban con los hombres, eran bastantes cercanos a lo humano, el Dios hebreo existía antes del tiempo y del mundo. De modo que la distancia entre las dos esferas es muy grande.

Pero hay más, una parte importante del pensamiento semita consiste en la promesa que Dios ha hecho al hombre obediente, que al final de su vida irá al Cielo, junto a Dios. Su alma tendrá vida eterna, será inmortal. Esta es la base para afirmar que los semitas tenían un dualismo antropológico, que el hombre tenía una naturaleza que era doble, mortal e inmortal. No se trata, como han dicho muchos autores, Dussel por ejemplo, que el dualismo era metafísico y no antropológico. Ciertamente había Dios y las criaturas, dualismo metafísico, pero resulta que el hombre participaba de los dos reinos, porque tenía una doble naturaleza. Si no hubiera estado compuesto de cuerpo y alma, no se podría entender la promesa de la vida eterna que aparece desde el Antiguo Testamento. De modo que hay en el pensamiento semita dualismo metafísico y dualismo antropológico, en contra de lo que afirma la mayoría de los autores.

Por lo demás, parece bastante coherente que, si la tendencia del pensamiento semita es hacia la dualidad, lo

existente es dual, Dios y el mundo, también la concepción del hombre sea dual, doble naturaleza humana, que le permite participar de las dos realidades. Mientras que el monismo indoeuropeo, referido a las creencias metafísicas, se extiende a la concepción del hombre, que logra integrar en una unidad al cuerpo y al alma, a lo divino y a lo humano. Los indoeuropeos podían distinguir entre lo uno y lo múltiple, lo eterno y lo perecedero, lo móvil y lo inmóvil, pero su tendencia unitaria los compelió a tratar de resolver la dualidad de alguna manera, como se analizó en los problemas del conocimiento. Y por eso parece no creíble la afirmación de que atribuyeran una doble naturaleza al hombre. Lo lógico es que la tendencia se dirigiera a lograr una concepción antropológica unitaria. Que los semitas pensaran al hombre de manera dual, no implica concebirlo como imperfecto, sino acorde con una realidad que era dual para ellos. Parece difícil concebir a la realidad, a lo existente, de una manera y verse el hombre a sí mismo de manera contraria a esa idea. Por eso parece más coherente monismo metafísico y antropológico, así como dualismo en ambos terrenos. Y no sólo es más coherente, sino que las citas de la Biblia hebrea y de la literatura y de la filosofía de Grecia, confirman esta tesis.

En el pensamiento semita, como Dios creó al mundo, tuvo principio; luego parece lógico que también tenga fin. Entonces la Historia es vista como un proceso que avanza, que progresa. La idea de progreso es considerada valiosa y se aplica en todos los campos, pero tiene especial relevancia en el conocimiento científico y va a formar parte del legado semita para Europa. También en la economía la idea de progreso se abrió paso, la

producción creció, los mercados se ampliaron, se pasó de la conservación al desarrollo permanente.

Las leyes que rigen el Universo provienen de Dios, quien hizo unas leyes diferentes para los hombres. Quiso que el hombre fuera libre y que obedeciera voluntariamente sus mandatos. Dios establece un diálogo con el hombre y espera que le obedezca, que confíe en Él. No se trata de comprender la racionalidad del sistema, se trata de confiar en Dios. Dentro de esta concepción el hombre es más dependiente, está sometido a la voluntad divina, no se privilegia la racionalidad sino la fe. Esto hace al hombre más pasivo, menos emprendedor, pero le dota de individualidad, que lo separa del entorno político y lo diferencia del resto de la Naturaleza, sentando las bases de la importancia del individuo. Además, la fe de los semitas se va a abrir un espacio al lado de la racionalidad de los indoeuropeos, va a tener un lugar en el pensamiento europeo y le va a permitir a Kant resolver el problema de la moralidad. La libertad y la fe son otros legados semitas para la cultura occidental.

Por otra parte, aunque el hombre está subordinado a Dios, se siente superior al resto de la Naturaleza, tiene más importancia en este sentido, porque es hijo de Dios, ha sido creado a su imagen y semejanza y Dios mantiene una relación con él. Afirma su individualidad porque cada hombre tiene una relación personal con Él, responde personalmente de sus actos ante Dios. Entre los griegos, las culpas eran colectivas. El crimen de Edipo afecta enormemente a toda la ciudad. Entre los semitas, Dios pide cuentas a cada individuo de su conducta, desde Adán y Eva por su desobediencia, desde Caín

por la muerte de Abel. De modo que, en el pensamiento semita, el hombre está separado de la Naturaleza y de la comunidad política, gracias a su relación con Dios.

Esta individualidad, que empieza a desarrollarse en las remotas épocas del Antiguo Testamento, va a llegar a su plena madurez en la Edad Moderna, cuando el hombre se independice mentalmente de Dios y se convierta en el centro de todo el sistema. La organización política y la económica serán puestas al servicio del individuo, de sus derechos, de su desarrollo pleno. De modo que el individualismo, que caracteriza a la sociedad desde la época moderna, es herencia semita.

Cuando el cristianismo se impone en Europa, se produce la ruptura de aquella unidad indoeuropea del hombre y la Naturaleza, aquella identificación del hombre con su comunidad política. Ahora el hombre se enfrenta al mundo y es él quien domina. También por el cristianismo, se van descartando las jerarquías. Todos los hombres son iguales, todos son hijos de Dios y por tanto hermanos. La condición humana se hace acreedora a una serie de derechos fundamentales, que la organización política tiene que garantizar al individuo.

En esta época que el hombre ocupa el centro de todas las consideraciones, la teoría del conocimiento no podía escapar a esta influencia. El idealismo se impone, descartando al realismo. Es el entendimiento del hombre el que constituye el objeto de su conocimiento. Sin este desarrollo del individualismo, que comenzó con los semitas, Kant no hubiera elaborado su Idealismo Trascendental. Ni su respuesta al problema de

la moralidad hubiera tenido lugar, si la fe de los semitas no se hubiera abierto camino, al lado de la racionalidad de los griegos.

El interés por la racionalidad, la explicación causal en la ciencia, el espíritu emprendedor y de dominio del hombre, son aportes indoeuropeos que están presentes en nuestra cultura. La idea de libertad del hombre, que se agrega a la causalidad de la naturaleza, el valor de la creencia, que tiene un ámbito propio, como lo tiene la racionalidad, y el predominio del individualismo, que estructura el mundo de la modernidad, son aportes semitas sin los cuales no se puede pensar el mundo occidental. Es muy razonable hablar de la civilización *occidental y cristiana*, para hacer justicia a la herencia indoeuropea al hablar de *occidental* y a la herencia semita al hablar de *cristiana*

### *Los objetos que estudian las disciplinas*

Adicional a la comprensión del origen de nuestra civilización, hay otra consecuencia importante que se deriva de la reflexión sobre monismo y dualismo. La respuesta que se adopte a este problema, no sólo permite comprender la sociedad, cómo se organiza, en qué cree, cómo ve al mundo, hay otro asunto de interés fundamental para el desarrollo de la investigación en cualquier disciplina. Escoger entre monismo o dualismo es un escalón previo a otro, que resulta por completo necesario: esclarecer cuál es el universo de los objetos que vamos a estudiar. Cualquier arte o ciencia tiene que precisar, no sólo de qué se va a ocupar, sino cuál es la naturaleza de la materia que trabaja. Sería impensable que no lo hiciera. La

metodología que se va a emplear no es igual si estamos en el terreno de lo empírico, o si se trata de objetos formales, o de algo distinto. Esto ha sido causa de muchos errores en los investigadores. Examinar las cuestiones elementales que hemos revisado aquí podría ser de alguna ayuda.

Si se escoge la postura monista, si se piensa que sólo existe la materia, los científicos que deban referirse a los objetos del pensamiento, tendrán que negar su existencia o pensar que son de naturaleza material. Es por eso que algunos neurocientíficos niegan que exista la conciencia. No pueden entender lo que es el conocimiento. En cuanto a la mayoría de los juristas, se ocupan de los deberes, afirman que se puede escoger entre obedecer o no un mandato, pero no saben cuál es la naturaleza de las obligaciones y de la libertad. Algunos llegan a afirmar que son objetos empíricos, otros que son lógicos y funcionan como las matemáticas. Un planteamiento claro de la clasificación de los objetos es necesario, para estudiar coherentemente cualquier cosa. Y distinguir las clases de objetos requiere un mínimo de reflexión filosófica. Hay que empezar por el principio y hacer una elección. Establecer cuántos tipos de objetos hay y de qué naturaleza es el que se va a estudiar.

### *La causa última: lo Absoluto*

De la misma fuente de las tendencias que forman el pensamiento de nuestra sociedad, se deriva una consideración importante sobre la naturaleza de todos los objetos que se pueden estudiar y el origen de la realidad misma que observamos. Todo esto se encuentra a la base de las

consideraciones. El dilema de monismo y dualismo, a pesar de la síntesis que se produjo para formar nuestra cultura, tercamente persiste en bandos, de diferentes maneras, hasta nuestros días. Así que habremos de escoger si somos dualistas o monistas, al preguntarnos por la realidad y su origen. En el camino del conocimiento se nos presenta la necesidad de pensar en la causa de las cosas. Siempre nos preguntamos por qué ocurre algo, cuál es la última causa de todo. Esa causa final que, a su vez, no tiene causa, para evitar caer en el recurso al infinito. Es la búsqueda de lo Absoluto. Aristóteles y Santo Tomás señalaron la necesidad de la causa final, como prueba de la existencia de Dios. Podemos entender la causa última de las cosas, de una forma o de otra, se puede adoptar una expresión u otra.

¿Qué es la realidad y cómo surgió? La respuesta al uso es que el Universo es un gran sistema de materia y energía, que se originó cuando la energía concentrada produjo una gran explosión, un enorme *big bang*, y de allí empezaron a surgir los átomos, las moléculas, se fueron formando los planetas y todas las criaturas del Universo. La materia forma cuerpos físicos. Una determinada cantidad de materia se denomina masa, que según la distancia entre sus moléculas será sólida, líquida o gaseosa, y el espacio que ocupa la materia se llama volumen. De modo que la materia tiene masa y ocupa espacio. La energía es una realidad intangible, que consiste en la capacidad de los cuerpos para realizar cambios de posición, de estado, y que tiene diferentes orígenes. La materia y la energía interactúan. La materia es pasiva y la energía es activa. La masa es una forma de energía y la masa que se destruye,

se transforma en energía, de modo que las cantidades se conservan, no desaparecen, son eternas.

¿Son la materia y la energía una misma cosa y la causa última de todo? Desde la acera del monismo se ha dicho que son eternas, y que ellas crearon todo lo que hay. Exactamente lo que se dice de Dios. La posición religiosa panteísta se orienta en esa dirección. Dios equivale al Universo. El panteísmo de Espinoza es un ejemplo; la realidad es una sustancia única divina, de la cual proceden todas las cosas. Cada vez que a Einstein le preguntaban si creía en Dios, respondía que sí, que creía en el Dios de Espinoza. En línea similar también va Parménides, “el Ente es necesario o bien ser de todo en todo, o de todo en todo no ser” (poema ontológico, I.9, García Bacca: 66). Y Heráclito coincide, “Este mundo, el mismo para todos, no lo hizo ninguno de los dioses, ni ninguno de los hombres, sino que fue desde siempre, es y será fuego siemprevivo” (fragmento 30, García Bacca: 209). “Si se escucha no a mí, sino a *Logos*, habrá que convenir, como puesto en razón, en que todas las cosas son una” (fragmento 50, García Bacca: 211). Es decir, que optan por el monismo, hay una realidad única, la realidad tiene una sola naturaleza y es racional. Dios es una sustancia que consta de infinitos atributos, que expresan su esencia eterna e infinita. No tiene sentido hablar de bien y mal, belleza o fealdad, orden o desorden. En palabras de Heráclito, “Y uno son bien y mal”. “Para el Dios todo es bello y bueno y justo; los hombres, por el contrario, tienen unas cosas por justas y otras por injustas” (fragmentos 58 y 102, García Bacca: 211, 215).

Sin embargo, no sabemos por qué se producen las cosas a partir de esa totalidad, a partir de Dios. ¿Es algo necesario? ¿Por qué? La razón, al ver seres particulares, llega a la idea de Dios, que es la causa última, y podría pensar que Dios y los seres particulares no están separados. Dios es todo y el todo es Dios. Es decir, las ideas que tenemos de las cosas, nos llevan a la idea de la causa última, la idea de Dios. Y de la conexión de las ideas, pasamos a la conexión de las cosas en la naturaleza. En otras palabras, que la relación entre ideas, nos sugiere la relación entre cosas. Esto es identificación del orden lógico con el orden ontológico. Hay un solo ser, todo lo demás son modos que derivan del ser.

Pero hay otra posibilidad al razonar sobre el Universo, conformado por materia y energía. ¿Qué sabemos en realidad de la esencia de la materia y de la energía? ¿Tienen la misma naturaleza? ¿Son lo mismo, o son cosas diferentes? ¿Qué provocó la explosión inicial, la cual fue el origen del Universo? ¿El Universo tiene una causa, diferente a sí mismo? ¿Podemos realmente afirmar que hay una sola substancia o se trata de dos substancias?

Los que prefieren el dualismo, hablan de dos naturalezas distintas en la realidad, que estaría formada por lo material y lo inmaterial, materia y espíritu, el efecto y su causa última; si llamamos Dios a la causa última, diremos Dios y el mundo. Es preciso advertir que no es necesario que la causa última tenga figura humana, con espesa barba, por más que esta representación resulte muy cómoda para la mayoría de aquella parte de la humanidad que es religiosa. Puede pensarse en una causa última, en Dios, como un ser inmaterial, como una

inteligencia pura, causa de todo lo demás, sin que se tenga una visión antropomórfica de Dios. Se trataría de Dios como diferente del mundo, como inmaterial, eterno; se puede decir que es una respuesta dentro de una posición dualista, donde la realidad tiene dos naturalezas, material e inmaterial pero, sobre todo, que se trata de dos seres distintos, Dios y el mundo, siendo Dios la causa necesaria del mundo.

### *La escogencia entre monismo y dualismo*

Finalmente, ante la alternativa que se nos presenta con el monismo y el dualismo, entre los cuales debemos escoger, quizás pretendamos alguna guía para poder hacer la selección. ¿Hay alguna demostración empírica de que existan dos naturalezas distintas, una material y otra inmaterial? Creo que no, como tampoco la hay de que la realidad tenga una sola naturaleza, que el Universo sea causa de sí mismo. No hay demostración de ninguna clase, de estas posiciones.

El monismo o el dualismo tienen que ser escogidos como puntos de partida que se toman, pero que no se hace mediante una inferencia lógica, o como una cuestión empíricamente comprobable. Quizás se trata de una intuición. Claude Bernard decía que la intuición es una interpretación anticipada de los fenómenos de la naturaleza. Pero eso parece referirse a que el científico debe tener alguna idea previa sobre lo que va a investigar, que lo pueda orientar en su trabajo. Aquí se hablaría de intuición en un sentido diferente, como un modo de conocimiento inmediato, no de un modo discursivo.

La mayoría de las personas siente una mayor seguridad con un conocimiento que se produce por una deducción

necesaria, a partir de determinadas premisas, sin darse cuenta que las premisas que sirven para deducir, hay que tomarlas como verdaderas. Si ellas, a su vez, fueron deducidas de otras, es porque se las consideró como ciertas, para no caer en una cadena infinita de proposiciones. En el caso de buscar un conocimiento que sea comprobable empíricamente, hay que recordar que hay muchas cuestiones de las que no cabe demostración empírica y, además, la misma demostración parte de un supuesto, que la certeza de la comprobación se limita al momento en que se realiza y cualquier afirmación a futuro, supone la premisa indemostrable de que las cosas sucederán regularmente de la misma forma. De modo que, en definitiva, cualquier científico que reflexione seriamente sobre estas cuestiones, sabe que las verdades científicas se construyen a partir de axiomas, creencias indemostrables que se toman como un punto de partida. Y esto aplica para las verdades últimas.

Por todo lo dicho, habrá que concluir que hay que escoger entre ser monista o dualista, sin muchas pretensiones, sin muchas exigencias, como una hipótesis en la que se cree simplemente, pero conscientes de la importancia de la decisión, por sus consecuencias. Y, en definitiva, hay que aceptar que el conocimiento científico descansa sobre creencias y también la búsqueda de lo Absoluto nos lleva a una creencia. De modo que, en el fondo, toda la sabiduría humana descansa sobre la Fe.